

Nuevo concepto del heroísmo

(De *La Voz*, Madrid)

CON un intervalo de veinticuatro horas acaban de desaparecer del mundo de los vivos dos grandes enemigos de la Muerte: el profesor Bergonié, que ha muerto en Burdeos, y el radiólogo Demenitroux, que ha muerto en París. El profesor Bergonié dedicó su vida a la lucha contra el cáncer. Su vida y su muerte, como ahora se verá. En cuanto a Demenitroux, el químico, fué un hombre modesto, entregado a las devociones y al servicio de madame Curie. Con ella se inclinaba ante todas las interrogaciones que, como el humo de un fuego sagrado, elévanse en la soledad mística del laboratorio en el que el radio hubo de engendrarse en una terrible conjunción de la vida y de la muerte. Y el radio lo mató.

Estos dos hombres encarnan, como el doctor Vaillant y como el doctor Sorel, y como tantos otros, el nuevo concepto del heroísmo: el heroísmo de la paz. Un heroísmo que es la contraposición del de la guerra, como un médico es la de un soldado, la vida la de la muerte y un laboratorio la de un campamento. Un heroísmo sin más holocausto que el del propio héroe. Porque, así como el de las batallas es un aliado y un siervo de la muerte, es el de la paz paladín de la vida. Por eso la gloria de aquél se alza sobre un montón de cadáveres y la de éste sobre las cabezas de los libertos de la muerte. El guerrero es un valor negativo en la historia de la Humanidad, que es la historia de la vida. En cuanto a la guerra, no es sino una añagaza de la muerte, como el amor lo es del instinto. Y he aquí las contraposiciones fundamentales entre los que hemos de luchar: el amor y la guerra; la vida y la muerte; el principio y el fin. Esta es la farándola inacabable que ciñe al mundo como un meridiano.

* *

El cáncer, a cuyo aniquilamiento vivía dedicado el profesor Bergonié, es la fiera que se embosca en los senderos desconocidos y se lanza en silencio sobre los hombres, en las entrañas de los que incuba la muerte, como un vampiro. La voracidad transpone los umbrales de los sepulcros, en cuyos senos disputa a los gusanos la carne muerta, tenazmente perseverante, como la carcoma.

El profesor Bergonié atacaba al cáncer con la furia de otra fiera no menos terrible. Esta fiera es el radio. Frente a frente los dos, sobre la carne humana, entablan una espantosa lucha. Pero ocurre que la fiera enemiga del cáncer suele erguirse ante las dominaciones del médico que la cautiva. Entonces le ataca de un modo ciego. Y comienza una lucha espantable, en cuyo final se abre la tumba para recibir al hombre en los senos de la tierra.

Así cae ahora vencido el sabio profesor. Un día, hace algunos años, hubo de sentir la mordedura de la fiera indomada. Le había mordido un dedo. Aquella mordedura era la muerte, como la de la víbora. Y entonces nació el héroe. No tembló. Confinado en su cátedra y en su laboratorio, hubo de explicar a sus discípulos, como siempre, por qué modos ataca a los hombres la fiera que se resiste

a ser dominada. La fiera que destruye al cáncer en su guarida, como el hurón al conejillo de los campos.

Y fué preciso operar al sabio. Perdió un dedo. Otro más tarde. Un brazo después. La fiera seguía devorándolo. Pero ante la ruina de su organismo su heroica tenacidad, permaneció invencible. A la manera estoica contemplaba la ruta de su muerte. Y haciendo disecciones sobre sí mismo como sobre un cadáver, siguió explicando a sus alumnos los secretos de la terrible enfermedad. Hasta que una vez, luego de diagnosticarse, pronosticó:

—Esta enfermedad, producida por el manejo del radio, no se cura. Sobreviene la muerte en un corto plazo y entre sufrimientos terribles. He aquí la destrucción de los tejidos que continúa. Fíjense ustedes bien...

* *

Una mañana el profesor ya no pudo levantarse. Y acabó aquella cátedra en la que entregaba su propio cuerpo a los discípulos en una espantosa Eucaristía. El sabio—el héroe—estaba ya vencido.

Entonces quiso Francia rendirle los mismos honores que a un héroe de la guerra. Y aun no hace un mes el mariscal Pétain—otro héroe—fué a Burdeos a clavar en nombre de la patria la gran cruz de la Legion de Honor sobre el pecho jadeante del sabio en la agonía.

Pero el profesor ya no se pudo incorporar. Fué preciso acomodarlo en una camilla para conducirlo a recibir el homenaje de la patria. Se le transportó solemnemente en una dolorosa procesión. Lo llevaron sus discípulos como a una reliquia. A su paso se descubría todo el mundo. Como ante la muerte o ante la bandera. Como ante todo lo sagrado.

Recibióle el mariscal Pétain cuadrado y silencioso. Empalidecido y con un pulso lleno de vacilaciones, colocó sobre el pecho del sabio el tributo de Francia. El profesor, con la lengua pegada al paladar, giró la vista en torno suyo. Lo rodeaban sus discípulos. Parecía decirles de nuevo y por última vez:

—Fíjense ustedes... La destrucción de los tejidos... cuando la muerte va a sobrevenir...

Pero ninguno de los discípulos pudo afrontar los ojos del maestro. Sus gafas se humedecían como las vidrieras bajo la lluvia. Después, bajo la caricia respetuosa del mismo silencio, bajas las frentes e inseguros y sordos los pasos, regresó la comitiva a la alcoba. Entonces la procesión era como un entierro.

* *

Cuando, al morir, hubo de abrir su testamento, alzóse entre sus amigos el fantasma de una emoción nueva. El maestro, obstinado en vencer a la muerte, se rebela contra su tiranía dentro de sus propios dominios. A este fin entrega su carne al anfiteatro de la Universidad. En unas notas adjuntas al testamento da a sus discípulos la lección postrera, cuyas comprobaciones están en la disección de su propio cadáver.

Y su última voluntad se ha cumplido. El profesor Bergonié ha hecho su propia disección ante sus discípulos después de muerto. Es posible que en ella haya arrancado el bisturí algún secreto a la carne.